



LIBROS

N. de la R.:—Se ruega a los autores y editores que deseen aparezcan las recensiones de sus libros en las páginas de esta revista, que nos envíen dos ejemplares de cada obra, a no ser que se trate de ediciones muy caras.

CASTRO RAMIREZ, Monseñor Doctor Francisco J., *Flores de Santidad y Aromas de Cielo*. Editorial Tipografía "La Unión", San Salvador, 1954, 190 páginas.

Bajo la impresión honda causada por su lectura, mal podría dar un juicio sereno de esta obrita que fascina. Pero felizmente no se trata de juzgar ahora al intelectual de recia contextura, sino al orador de encendido pectus, que aun a través de las páginas mudas de un libro sabe transmitir el sublime escalofrío que él sufre al percibir —como pocos— toda la poesía de la santidad. Siendo "vida", esta obrita, debe ser conocida y juzgada con todas las potencias del hombre.

El mismo Monseñor Castro nos previene en su prólogo. No ha pretendido biografiar ni siquiera esbozar fisonomías de santos. Ha querido sencillamente lanzar al público sus enfoques peculiares sobre ese mundo de heroísmo sobrehumano, señalarnos los puntos de vista desde los que él descubre esos cuadros reconfortantes para los que estamos condenados a vivir en este mundo materializado, que tanto necesitamos levantar la mirada a regiones más puras. Hasta los títulos de las diversas semblanzas reflejan ese carlino con que hoy nos escribe sobre aqué-

llos de quienes en diversas ocasiones nos habló entusiasmado desde la cátedra de la verdad.

En vano buscaríamos otro elogio mejor que éste. Estas páginas —verdadero acierto tipográfico— son el traslado vivo de una gran alma que vibra conmovida por la quintaesencia de una vasta y profunda ciencia hagiográfica.

Francisco Peccorini Letona, S. J.

BARON CASTRO, Rodolfo. "*Reseña histórica de la villa de San Salvador*". (23 16,5 cms., págs. 326). Ediciones Cultura Hispánica, Madrid (1950.)

El ya conocido historiador salvadoreño nos da una prueba más del amor a su patria al poner toda su competencia histórica y literaria en esta obra. Esta reseña lleva como subtítulo, a modo de explicación, la frase "desde su fundación en 1525 hasta que recibe el título de ciudad en 1546". Estas fechas podrán extrañar a alguno, pues no coinciden con las que hasta ahora hemos tenido por ciertas. El resultado de los esfuerzos del que, hoy por hoy, puede ser considerado como el más acreditado historiador salvadoreño es una nueva determinación, al que se llega con un poco de audacia y un mucho de investigación a través de archivos;

pues si la imaginación da algo supliendo partes, el enorme fárrago de documentación que descubren las abundantes y concienzudas notas nos aplastan con su evidencia

Pueden contarse entre los logros del autor el asentar las fechas exactas —más aproximadas algunas— de la fundación de San Salvador, del traslado a su actual ubicación y la de la concesión del título de Ciudad. Se da la de 1528 como de restablecimiento por Diego de Alvarado, y se presenta a Diego de Holguín como primer alcalde de la villa, personaje interesante a quien el destino le deparó la suerte de Colón y Cortés. Las vicisitudes de la incipiente villa se viven con entusiasmo, primero los levantamientos de los nativos y después su expansión jurisdiccional. En este punto sale a cuento la fundación de San Miguel y se da el dato curioso de que la región que hoy lleva el sobrenombre de Chaparrastique no lo merece tanto. Se citan las posibles causas del traslado a Cuscatlán, y al hablarse de la concesión del título de Ciudad se dan los nombres de los enviados a la corte con acertadas sugerencias, que presuponen no escaso conocimiento del ambiente cortesano del tiempo. Aunque no faltan incógnitas como el eslabón perdido entre 1525 y 1528 la abundancia de nombres y testimonios de quienes vivieron los sangrientos azares de la conquista es aplastante.

Con esa abundancia y las prudentes conjeturas que presenta nuestro compatriota, llegamos a hacernos una idea más que suficiente de los comienzos de nuestro pueblo, tan relacionados con los de toda Centro América y que nos acercan mucho a los hechos gloriosos de Alvarado y aun de Cortés.

Nos adherimos con espíritu entusiasta a nuestro hombre, hijo benemérito de un pueblo rebelde contra la Naturaleza. Echase de ver ese es-

píritu del pueblo salvadoreño en la firmeza con que ha mantenido su segunda y definitiva ubicación, obedientes al lema castellano "hacello y no emendallo". Todo acaba en un hecho accesorio —la concesión del título de ciudad— dada la misión que los precuradores llevan a la Corte. Alrededor de él y preparándole el camino todo ese interesante conjunto que con un estilo ameno, chispeante a veces, se nos ha presentado. El sano hispanismo que rezuman las páginas del libro nos convence: aquellos desaprensivos conquistadores nos dejan con su raza el gran tesoro de la fe. Este sentimiento del hijo lo hemos visto expresado en una carta que la madre del autor envió cuando dedicaba a unos futuros sacerdotes la gran obra "La población de El Salvador":

"...para que algún día, en el apostolado de su vida sacerdotal sepan enseñar a los connacionales que lo más grande que poseemos de la herencia hispánica es la fe católica y la maravilla de la lengua castellana..."

Si Pereyra ha dicho, en el prólogo al libro citado, "que El Salvador ofrece datos de valor capital para conocer la obra de España en América" y ha alabado al autor por haber tenido "la fortuna de encontrar verdades gratas al patriotismo, sin faltar a los deberes de investigación", en la obra que enjuiciamos hacemos las mismas apreciaciones.

La presentación extrema satisface plenamente; ilustran el conjunto varias láminas de merecido gusto; los capítulos son cinco, pero con un resguardo enorme de notas: ellos nos dan una idea más que aproximada de la parte que le ha cabido a nuestra nación, pequeña pero esforzada, en la empresa de la colonización.

J. M. G.

HERNAN CORTES. *Estampas de su vida (Prólogo y selección de Santiago Magariños)*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid (1947) (25 20 cms., págs. 334).

Siempre deseosa de lograr una mayor difusión del ideal hispánico, la conocida entidad pretende conmemorar el IV Centenario de la muerte del conquistador de la Nueva España.

La coincidencia de dos centenarios —el del nacimiento de Cervantes y el de la muerte de Cortés— sugiere al prologuista un símbolo: Hernán Cortés Quijote, fusión de dos tipos de hombre español.

Escritores como A. de Solís, F. L. de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, G. Illescas, F. Cervantes de Salazar, B. L. de Argensola nos presentan una visión de España hasta el momento de la conquista de la Nueva España, el nacimiento, prole y vida de Cortés anteriores al gran acontecimiento, la descripción de México a su llegada, retratos del capitán, y nos hablan de sus hazañas y de su muerte. De su actuación religiosa, política y social habla por sí la "cuarta carta de relación" que Cortés envió al Emperador. Un último capítulo viene dedicado al pensamiento moderno sobre Hernán, a cargo de Pereyra, Obregón, Madariaga, Valle-Arizpe, Junco, Macías y Babelón.

"Figura colosal", llama Orozco la de Cortés, "que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos; hombre era compuesto de bien y de mal. Poseía relevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo queda siempre tan alta que es preciso alzar los ojos para verle el rostro". Este puede ser el resumen del libro; los párrafos tomados de contemporáneos de Cortés, compañeros en sus luchas,

nos hablan de él como de un semi-dios; y sólo en alguno y brevemente se habla de su pasión por el oro con perjuicio para sus soldados, nunca de sus injusticias y arbitrariedades de las que difícilmente pudo verse libre un hombre de su talla en circunstancias tan agitadas. Ello obedece, sin duda, al criterio —un tanto discutible— de que no había de venir bien hablar de lo desagradable cuando se trata de homenajear al hombre "grande por sus hechos, más grande todavía por su trágica vida", pues dice Salvador de Madariaga, "Cortés es símbolo adecuado de la tragedia del hombre en la tierra"

J. M. G.

LLORENTE, S. J. Segundo. "*A orillas del Kusko*". Editorial Buena Prensa. México D. F. (1953). (19 12 cms., págs. 254).

Es este el primer tomito que sale a luz de los cuatro que contienen los artículos del misionero alaskano. Con sus relatos tan llenos de vida y sana alegría el P. Llorente nos hace pasar unos momentos agradables por demás. La obrita se puede dividir en dos partes: en la primera, a través de los viajes del autor, se nos describe la tierra de Alaska con sus nieves eternas, sus ríos caudalosos, escasa fauna y sus imponentes auroras boreales. En la segunda se nos muestra el temple infatigable de un soldado de Cristo que lucha en primera fila para salvarle almas.

El estilo suelto y festivo hace que el libro no se vaya de nuestras manos, aunque lamentamos que —quizás en fuerza de ese mismo estilo y solamente a modo de chiste— se escapen algunas frases que podrían lastimar la susceptibilidad de las gentes del Norte.

Ojalá se difunda mucho este libro para que despierte con sus relatos la vocación de futuros misioneros en tie-

rras de infieles, y que esa jovialidad envidiable del autor se comuniquen a todos los lectores en bien de la causa misional.

L. M. B.

LLORENTE, Segundo S. J. *"En el país de los eternos hielos"*. Editorial Buena Prensa, México D. F. (1953), (19 12 cms., págs. 252).

Todos sabemos la gran labor que ha realizado el P. Llorente con sus chispeantes artículos en "El Siglo de las Misiones". Con toda su sencillez y amenidad característica se nos muestra en este nuevo tomito. A medida que vamos leyendo este conjunto de artículos recogidos cuidadosamente para su publicación a modo de libro hecho y derecho, nos vamos dando cuenta de las costumbres y vida alaskanas. Conocimientos geográficos e históricos de las regiones heladas pasan a ser parte del propio acervo cultural, a la par que se goza el lector con las aventuras del infatigable apóstol.

Libro digno de recomendación por todo concepto, como los demás que componen la obra total del misionero español. Por su mismo carácter, pueden leerse a trozos y aun a saltos: el núcleo lo forma ese espíritu optimista del P. Llorente que tanto ha favorecido a la causa misional. Nos atrevemos a notar la repetición de algunas metáforas o recursos que tienen el peligro de constituirse en tópico. Dado que el libro está publicado en América añadimos la siguiente observación: a veces tememos que el patriotismo, que fluye espontáneo, y en ocasiones hasta ardoroso, de la pluma del autor, pueda entorpecer la comprensión entre los pueblos —aquí, en concreto, los americanos—; con ello podría sufrir un tanto el espíritu misional, si fuera visto por algunos junto a consideraciones no del todo universales. Gracias a Dios ese "patriotismo" ingenuo, al ser "asumi-

do" por la persona fascinadora del P. Llorente, pierde como por encanto sus efectos destructores.

Sobre esas ligeras advertencias está la admiración por este misionero, héroe del Evangello y consagrado defensor de la causa católica y misional.

H. C. C.

AGUERO CHAVEZ Arturo. *Romancero Tico*. 79 págs. 1953. Editorial "Aurora". San José Costa Rica.

En este precioso Romancero Tico me parece ver un manojo de espigas de trigo —costumbres del pueblo— arrancadas de ese mismo pueblo sencillo, y hechas expresión poética en cada romance del poeta costarricense Dn. Arturo agüero Chávez. Cada romance leído por un "pueblerino" o sea uno de aquellos que aunque "hemos salido del campo, el campo no ha salido de nosotros" en el sentido que en su prólogo nos expone el Sr. Agüero, tiene sin duda ninguna el sabor de las costumbres de su propio campo y quizá hasta de su propio hogar; por eso si hemos de dar una definición de estos preciosos romances no diríamos otra cosa sino que son espejos en que se retrata con fidelidad esa vida sencilla, de paz y de bonanza de nuestros campesinos.

Las glosas, que constituyen como una segunda parte del libro, son de gran interés para todos los lectores, especialmente para aquellos que desconozcan el significado propio de los términos "técnicos" de nuestros campesinos centroamericanos.

B. Bosco.

Teodoro TONI RUIZ, S. J. - *Guía del obrero cristiano*. Editorial "Hechos y Dichos" Aptdo. 243, Zaragoza. (1952) 211 págs.

Es un "librito sencillo" como dice su autor. Pero es grande en el contenido

En él el P. Toni Ruiz como si tomara al obrero cristiano de la mano, le enseña el camino que debe llevar y cómo debe caminar. Por esto ha dividido su librito en 2 partes: una de doctrina y otra de prácticas.

En la doctrinal, traza al obrero: como hombre, obrero y cristiano que es, el camino recto que lo llevará hacia su principio y fin: Dios. Este camino no es algo estratosférico para el obrero, sino algo que le toca y se relaciona con el obrero. Por tanto su camino debe estar iluminado con los tres grandes reflectores trascendentales para él, como son: Dios, Jesucristo y la Iglesia. Su camino, pues, lo ilumina con las verdades acerca de Dios, Jesucristo y la Iglesia madre y protectora del obrero, que se hacen luz, consuelo y esperanza en la cuesta empinada del trabajo.

Pero el autor, no se ciñe solamente a enseñarle cuál es el camino que debe llevarle, sino que como un Pa-

dre cariñoso para su hijo y amigo para con su amigo le da los medios para que vaya seguro en ese camino. Los medios son: Los mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia, los Sacramentos, la Oración en sus múltiples formas adaptadas al obrero

¡Nadie como el Sacerdote habla con tanta solicitud y cariño, sobre todo con sinceridad al obrero, para aplastar la hipocresía y el interés de muchos demagogos de nuestros tiempos! De aquí podemos deducir su utilidad. Para el obrero, grandísima. ¡En esta obra encuentra el arsenal para luchar en la vida y apoyo en el sacerdote.

Quizá un poco atrevido me parece el juicio sobre la utilidad de esta obrita, cuando pienso que más que al obrero, sería útil para un sacerdote que se dedicase a los obreros. La razón es la gran ignorancia religiosa de nuestros obreros centroamericanos.

J. R. Parada

